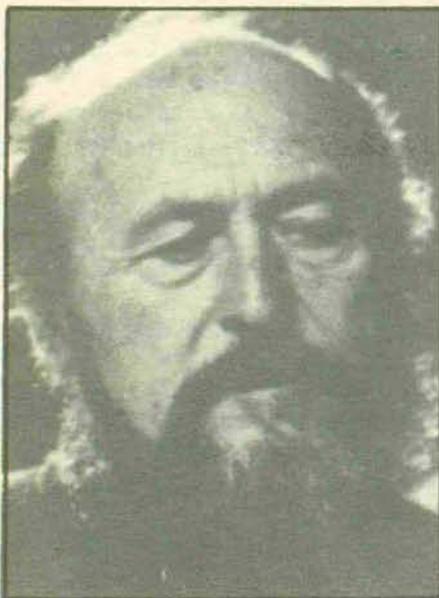


Recuerdos de un Divisionario Azul:



Luis Romero

La Historia se hace recuerdo

DURANTE la guerra civil yo no había sido bien tratado y aunque desde hace muchos años no dejo de reconocer que las causas de cuanto me ocurrió entonces, que fue mucho e ingrato, cabría buscarlas en mi propia actitud,

un análisis desapasionado de causas y efectos nos llevaría demasiado lejos. Tampoco deseo extenderme en detalles sobre determinados aspectos que, por lo menos referidos a mí, prefiero no recordar, hicieron que me sintiera belicoso y "justiciero" dos años después de acabar nuestra guerra cuando cumplí veinticinco años. A lo largo de 1940 la victoria presentaba perfiles agrios y decepcionantes que nos resistíamos a reconocer. La contienda había terminado, y sobre media España, sobre mi ciudad, sobre antiguos amigos y compañeros, sobre los "cautivos y desarmados" planeaba un ambiente de derrota, de incertidumbre y angustia que inducía al descontento y a buscar caminos para escapar. *¡Rusia es culpable!* se había dicho y no es que la frase me empujara a tomar peligrosas resoluciones pero estaba vibrando en el aire. ¿De dónde, en verdad, habían llegado tantos aviones, tanques, artillería, armas automáticas? ¿Quién indujo y encuadró a aquellos extranjeros a luchar sobre nuestro suelo? ¿Quién había inventado aquellas prisiones que se llamaron *checas*? En situaciones extremas no se razona friamente ni se analiza; para establecer juicios, de manera automática se seleccionan los datos que mejor se acomodan a nuestras posturas apasionadas. También, entre móviles que quizá uno no se formulaba con lucidez plena,



SERRANO SUÑER HA DICHO

RUSIA
es

CULPABLE

Aquella mañana en que España demostró una vez más su fina sensibilidad—24 de junio de 1941—, el ministro Presidente de la Junta Política, camarada Serrano Suñer, desde la Secretaría General del Movimiento, habló a la vibrante multitud con estas claras y rotundas palabras:

Comaradas: No es hora de discursos. Pero al día que la Falange dice en estos momentos es sentencia condenatoria: *¡Rusia es culpable!* Culpable de nuestra guerra civil. Culpable de la muerte de José Antonio, nuestro fundador. Y de la muerte de tantos camaradas y tantos soldados caídos en aquella guerra por la opresión del comunismo ruso.

El exterminio de Rusia es exigencia de la Historia y del porvenir de España.



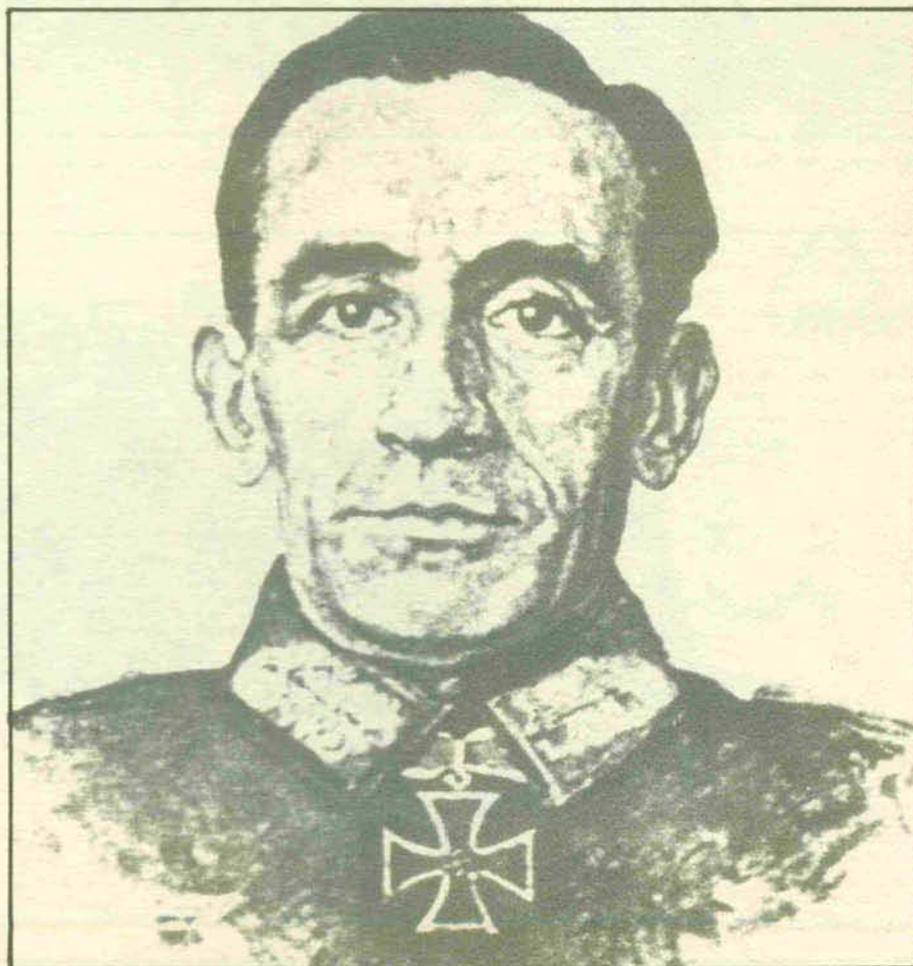
intervenían los deseos de participar en un acontecimiento histórico, de hacer turismo bélico, de probarse más ante uno mismo que ante los otros, de vivir una aventura extraordinaria. Huir de la tétrica posguerra y situarse en vanguardia de aquellas corrientes místico-heroicas que soplaban con evidente y generosa fuerza, era cuestión de una palabra, de decisión. Sin discursos, gritos ni canciones, en el cuartel de artillería donde cumplía mi servicio militar pidieron voluntarios; me alisté, nadie me forzó a hacerlo. Que cada mes en campaña equivaliera a dos de guarnición también debí tomarlo en cuenta ahora que lo recuerdo porque, de salir vivo, en un año estaría licenciado.

En aquellos días en una librería de viejo hallé un diccionario español-ruso; por dos pesetas adquirí aquel volumen que trajo de la URSS un asesor militar, un tanquista o aviador, un policía o un agente político; cualquiera que desde allá había venido a hacer la guerra a nuestro país. Devolvería la visita que pocos años antes nos hizo aquel desconocido y lo haría llevando en el macuto el mismo diccionario que se me aparecía como simbólico y justificador.

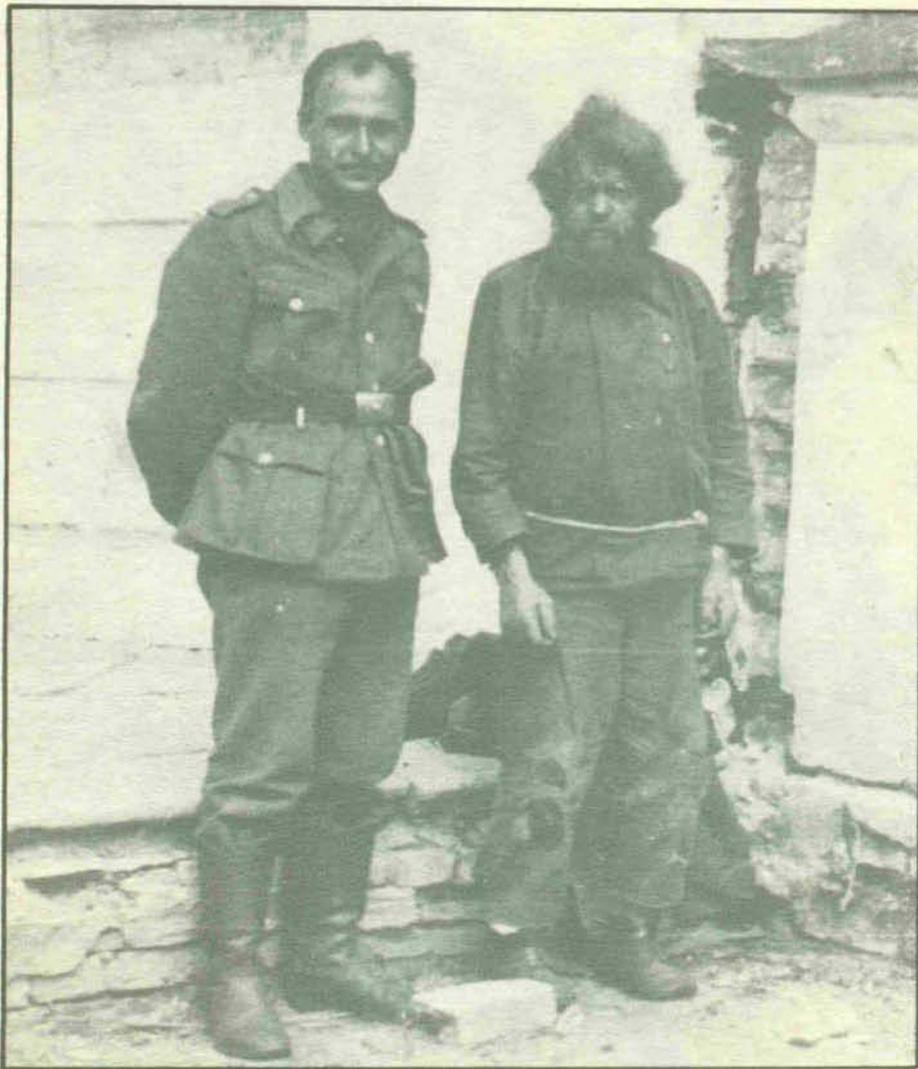
Cuando el viernes 13 de diciembre de 1941 por la noche vi destacar sobre la blancura la granada de mano a menos de un metro, me arrojé con rapidez al suelo, hundi el rostro contra la nieve, hasta el fondo, y sentí la explosión y que una ráfaga de aire y metralla pasaba rozándome el casco. El golpe, el frío en la cara y lo comprometido de la situación me hicieron saltar en pie; seguía vivo, magníficamente vivo y entero. Una hora después estábamos de nuevo en el interior de aquella ermita o iglesia que creo llamaban "Capilla Vieja", una posición avanzada sobre la orilla del Wolchov, al norte de Novgorod. Había salido indemne sin explicarme las causas y aunque la vida en aquellos días y en aquella situación valía



La marcha de los Divisionarios al frente ruso.



Agustín Muñoz Grandes, jefe de la División Azul.



El autor del trabajo con un diácono de la Iglesia Ortodoxa rusa en Staraya Rakoma, en julio de 1942.

poco, no dejaba de apreciarse. A nadie podía achacar la culpa de hallarme en aprietos; me había ofrecido voluntario entre los voluntarios para defender aquella posición batida por todas las armas enemigas que nos cosían los muros a cañonazos. Durante la interminable noche los guardias se montaban en poco profundas trincheras cavadas entre las tumbas del pequeño cementerio, cuyas cruces ortodoxas parecían patrullas entre la niebla. En los cortos descansos dormitábamos alrededor de una hoguera que producía más humo que calor. Ya no sentíamos el miedo, ni el hambre, ni el frío ni el cansancio. Un compañero había perdido la vista cegado por la nieve, el humo o la debilidad, a otros se les habían helado los pies, y un catalán a quien le castañeteaban los dientes de continuo se esforzaba entre tembleque y tembleque en convencernos que *tremolaba* de frío y no de miedo. Los pocos que quedábamos más o menos útiles acercábamos los cerrojos del fusil a la hoguera para evitar que se congelara la grasa anticongelante y poder, llegando al caso, defendernos a

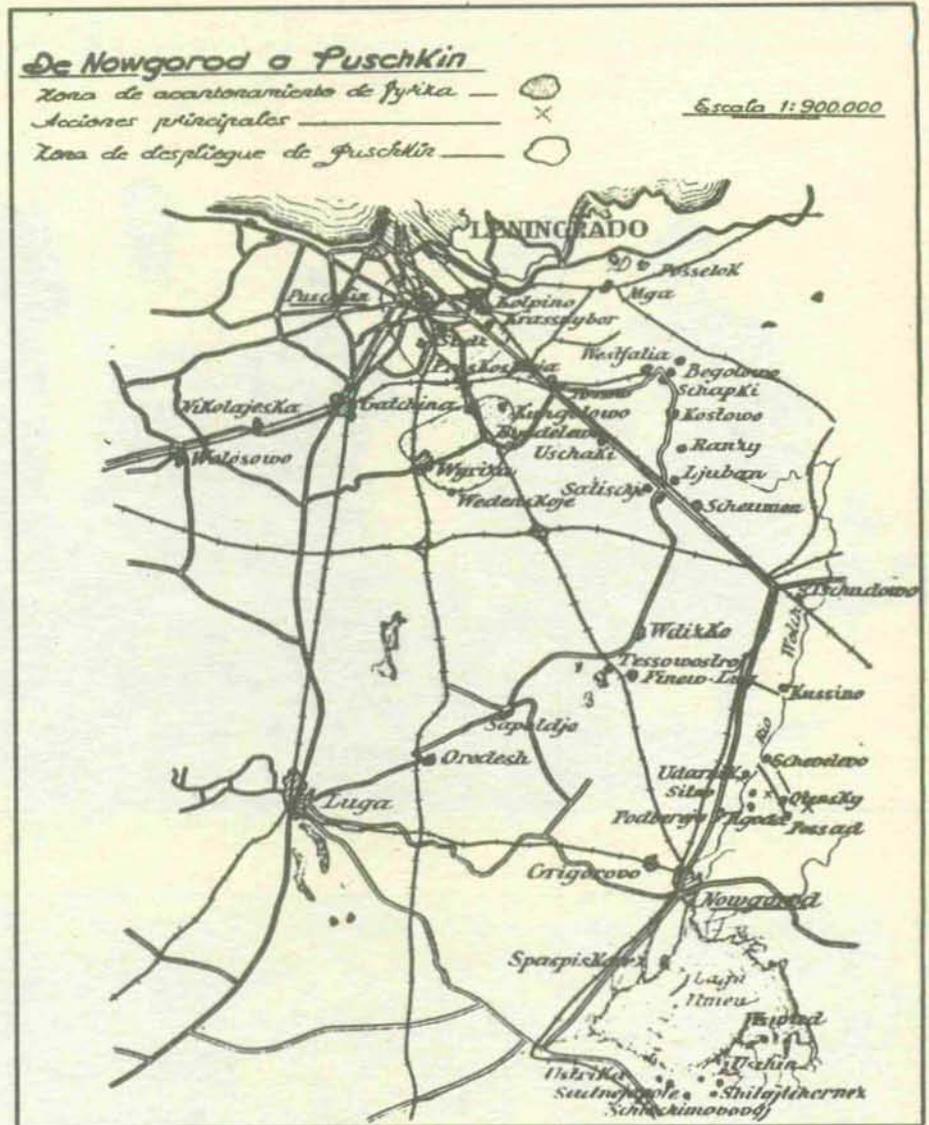


Los Divisionarios recorrieron cerca de mil quinientos kilómetros a pie, antes de llegar al frente de combate.

tiros y no a culatazos. Tres días después nos relevaron de aquella posición; ninguno de los que lo hicieron salió vivo.

La llegada a Alemania cinco meses antes nos había impresionado muy favorablemente. Para empezar, nos cambiaron de los vagones de ganado o carga en que salimos de España por otros de pasajeros. Desde las ventanillas descubríamos un paisaje amable, verde, con grandes bosques y tierras perfectamente cultivadas; las casas bien pintadas presentaban un aspecto confortable y estaban rodeadas de jardines floridos, y las calles de los pueblecillos aparecían pavimentadas y limpias. Y por añadidura, mujeres rubias, vistosas, ataviadas con vestidos de colores y niños sanos, bien vestidos y alimentados, agitaban las manos en señal de saludo y bienvenida. En las estaciones chicas adscritas a cualquier servicio nos obsequiaban y atendían y además muchas de ellas nos daban su nombre y dirección para que les escribiéramos desde el frente.

En Grafenwhör, de Baviera, nos facilitaron complicados pero inmejorables uniformes que no admitían ni lejana comparación con los que en el ejército español vestían los soldados. Lo único malo eran los caballos; quienes soñaron con unidades morizadas como las fotografiadas en "Signal" o las que se veían en los noticiarios Ufa, quedaron decepcionados. La división 250, llamada entre nosotros y nuestros amigos División Azul o Blau División, era hipomóvil. Los artilleros en plantilla sumábamos dos mil setecientos noventa y tres, y nos soltaron dos mil trescientos noventa y dos caballos de todos los tamaños, pelajes y humores. Y ¿quién sabía algo de caballos entre nosotros? Medio millar o poco más de campesinos y algunos veteranos de artillería o caballería, porque los estudiantes del SEU, algunos con el bachillerato recién terminado, los empleados, los ex-cautivos y



Plano general de las operaciones de la División Azul, en el que aparecen los frentes de Novgorod (en el que combatió el autor) y Leningrado.

algún que otro obrero más o menos nacional-sindicalista o sindicalista a secas, los falangistas y los aventureros que, gracias a Dios, no faltaban aunque su número fuera poco elevado, conocían los caballos sólo de lejos y más que nada a través de la pantalla. Los malditos jacos soltaban coces, se mostraban tercos, desmontaban a los incautos, no se dejaban atalajar ni almohazar, escapaban a galope arrastrando un carro regimental, sembraban el terror y el desconcierto. Los falangistas aseguraban que habían venido a pegar tiros no a pelear contra aquellas bestias enfurecidas. No tardaríamos en comprobar que pegar tiros —que es también recibirlos— era mucho peor. Por las orillas del Wolchow iban a quedar disemina-

das cruces de madera con nombres escritos sobre el travesaño; aquellos eran Díaz, Molina, Llonch, Aspiroz, García, Colmeiro, Moleres, Barranco... Y aún otros quedarían sin sepultura porque en los peores momentos del invierno y bajo el fuego del enemigo no había manera de cavar tres palmos en aquella tierra helada; a veces se hacía arder un grueso madero y cuando el calor deshela la superficie de la tierra, se excavaba medio palmo y otra vez fuego y otro medio palmo, y así sucesivamente.

Aquel invierno lo más importante era disponer de una buena chabola; nosotros heredamos una excelente de los hacendados artilleros alemanes a quienes relevamos en el frente. Seis éramos los sirvientes de la pieza



El autor (cuarto por la izquierda) de pocos otros compañeros, en un sector alemán, el 10 de junio de 1947.

ИСПАНСКО-РУССКИЙ СЛОВАРЬ

СОСТАВИЛИ

С. С. ИГНАТОВ и Ф. В. КЕЛЬИН

40.000 СЛОВ

СО ВКЛЮЧЕНИЕМ ОСОБЕННОСТЕЙ ИСПАНСКОГО
ЯЗЫКА ЦЕНТРАЛЬНОЙ И ЮЖНОЙ АМЕРИКИ

С ПРИЛОЖЕНИЕМ

ГРАММАТИКИ ИСПАНСКОГО ЯЗЫКА



АКЦИОНЕРНОЕ ОБЩЕСТВО «СОВЕТСКАЯ ЭНЦИКЛОПЕДИЯ»
МОСКВА 1930

amiga — amoroso

102

101

amiga / 1) любовница, интим-ница; 2) учительница школы для девочек; 3) школа для девочек; — de noche М бот швейная машина, индустриальный механизм; — amiga habilidad / способность и умение; дружественность; — able а приятель, друг; — amiga близкая, сродная; — amigajar vt исп превращать в приятель, дружить; — amigaje — amigarse; — amigaleta / одна мишкетина, мишкетинский патронташ; — amigdalitis / нед послевоспалительный; — amigo а, m дружественный; друг; любитель; — te m разг дружбе; — amigo и содержаний вражд; — amilanado а молодухин, деловой, деловой; — ar vt был умирать; — arse пасть духом; — amillar amiento m пропорциональное распределение налогов; — ar vt распределять налоги; — amilonado а отец богатый; миланос; — amillar vt = milar; — amigo m амар (титул арабского князя, эмира); — amigo ad / дружба; любовничество; покровительство, любезность; исп дружественный совет; hacer las — es помириться; romper las — es поссориться; — ar vt обидеть; мирить; — arse помириться; помириться; — oso а дружеский, дружественный; — amigo la / амистос; — lae vt амистировать; — amo m глава дома или семьи; господин; хозяин, владелец; управитель; ser el — del baile, del cotarro быть первым в деле; — amoroso amiento m социальность, сплочённость; — arse делаться социальным, сплочаться; — amoniar vt раздражать, возмущать, сердить; — amojam amiento m худоба, сурость; — ar vt солить тушью; — arse был худеть; — amojon amiento m размежевание; размежевание, передел; — ar vt размежевывать; — amoladera / точильный камень; — ado а наточенный; 4) потерянный убийца, разорвавшийся; — amor m точильщик; — ar (24) vt точить, оттачивать; был разг уворно досаждать, изводить.

amoldador m литейщик, формовщик; — ar vt оттачивать, формовать; был образовывать, совершенствовать; — amollar l. vt ослабить, отпустить, отступить; уступить; 2. vt мор травить (смерть); — amollear vt размочить, драть руками; — amolollado а разг жирный, толстый (о человеке); — amone|dación f) ценная монета; — dado а богатый; — dar vt чёлнить монету; — amonestación / замечание, выговор; наущение, уведомление; раз оглашение (о браке); — ar vt предупредить, уведомить; делать выговор; оглашать, объявлять о вступлении в брак; — amon|lael а амнистийный, амнистийный; — laeo m амнистия, амнистия; — amoniar vt, amoniarse уберечь (уходить) в горы; — amonillado а, m сорт хереса; — amonionadamente adv вместе; грубой, шумно; — ambiente m собрание, собрание, собрание; — ar vt собирать, складывать; — arse был разг 1) негодовать, упрямиться; 2) сомнительно в брак; 3) М объединиться в шайку для наведения на одного; — amor m любовь, склонность, страсть; нежность, ласка; любимый человек; старание, тщательность; pl любовь, любовный союз; — arse самолюбие; — con — se paga las deas платёжом красен; con mil — es разг с удовольствием, от всего сердца; hacer el — влюбиться, ухаживать; por — de rida, no — a; tratar — es иметь любовные связи; — amorado а флюетовый, млочный; — tar vt делить флюетом; — amorazar vt затмывать рот; закончить книгу; был не давать говорить; — amorfo а аморфный, бесформенный, безобразный; — amoricosos m pl разг вырванное, проваление дружибы или любви; — amorio m разг любовь, страсть, влюбленность; — amorisado а похоний на мэра; — amorado а большой сапог; — amor|osamente adv любовно, страстно; — so а любовный; любовный; нежный, ласковый; был



"Plena de juventud, Kátia, muchacha rusa, entre los trigos-tú"...

del 10⁵ que habíamos bautizado, sin otra causa aparente que la evocación femenina, con el nombre de Maripepa. Con seis caballos —tronco, cuartas y guías— la veníamos arrastrando desde Grafenwhor donde nos la entregaron reluciente. Más de mil kilómetros hicimos a pie circulando por carreteras polacas primero y rusas después, carreteras de adoquines, de barro, o perfectamente asfaltadas como la pista Stalin que pasaba por Minsk y Smolensko camino de Moscú. Caminábamos con lluvia, con nieve, con ventisca. En menos de un mes los voluntarios habían conseguido dominar a los caballos y manejar las armas. Nosotros rebajamos el tiempo que los instructores alemanes, que eran amigos de cronometrar, consideraban mínimo para poner la pieza en condiciones de efectuar el primer disparo. Caminábamos o cabalgábamos veinticinco, treinta y hasta cerca de cuarenta kilómetros diarios, a lo largo de aquellas rutas cuya mitad izquierda dejábamos despejada para que nos adelantaran las enviadas divisiones motorizadas, las espectaculares "panzer" y los camiones o vehículos ligeros que pronto se perdían de vista. Avanzábamos con los pies aspeados, el cansancio auestas, las maldiciones de boca para adentro y para afuera, y con las nostalgias nos acompañaban; también con las ilusiones, que así era aunque parezca extraño hoy, de combatir. Pasábamos por lugares desconocidos y por otros cuyo nombre traía recuerdos. Una mañana neblinosa de lluvia terca por un puente de madera cruzamos el anchuroso Beresina. Nos íbamos acostumbrando al paisaje, a las casas, a los bosques, a los hombres, a los carros, al clima, a los rodillos de madera que cubrían las carreteras más embarradas. Muchos de los pueblos estaban totalmente destruidos, sólo quedaban en pie los hornos de ladrillo y la estructura de las chimeneas; la madera, de la



La visita del Divisionario



Los Divisionarios en el partido Alemania-España, en Berlín.

cual estaban construidas las casas, había ardido. Otros pueblos estaban bien conservados y en ellos la vida parecía casi normal. Mujeres, niños y viejos desde la calle o asomándose a puertas y ventanas nos miraban pasar sin aparente hostilidad. En los altos o en los descansos algunos cambiaban tabaco por huevos, chocolate por patatas, y requebraban a las chicas o trataban de entenderse con los paisanos. En algunos lugares se habían librado combates y en las cunetas y los campos próximos se veía multitud de tanques volcados, quemados, rotos, cañones rétorcidos, camiones y motos destrozados. Y muchas tumbas. Sobre las cruces de las que señalaban el enterramiento de los alemanes habían colocado el casco. Las sepulturas rusas las señalaban con un palo vertical y sobre él el gorro y hasta veces una bota a falta de mejor documento de identidad. Y debían haber grandes fosas comunes. Un poco más allá recomenzaban las granjas intactas, con sus cercas de madera, los pozos de pértiga, mujeres y hombres trabajando en el campo y niños sonrientes a quienes algún soldado obsequiaba con caramelos. A los paisanos nadie podía considerarles enemigos y probablemente nuestra actitud hacia ellos contrastaba con la de los alemanes y eso hacía que nos acogieran de buen grado ¿quiénes éramos nosotros y qué pintábamos allí? Con independencia de lo anormal de la situación entre Alemania y Polonia se observaba un descenso de nivel de vida, de indumentaria, del cultivo de los campos, de las carreteras, de la limpieza; y entre Polonia y Rusia el descenso se hacía más patente.

En un momento dado de las iglesias barrocas se pasaba a las ortodoxas de cúpulas bulbosas rematadas por cruz de doble travesaño. Lo más penoso y deprimente era cruzarnos con columnas de prisioneros. Sucios, rotos, algunos heridos



Esteban Infantes, sucesor en el mando de la División de Muñoz Grandes, caballero de la Cruz de Hierro, se despide de Hitler, "un hombre clarividente".

con trapos sanguinolentos envolviéndoles la cabeza o una mano, en ocasiones un pie. Nos pedían tabaco, pan, quizá sólo un poco de compasión; algunos les lanzaban un cigarrillo o los restos de un chusco. Las enormes columnas iban vigiladas por un par de soldados que, en general, se echaba de ver que no les trataban bien.

Ibamos descubriendo un mundo desconocido pero no extraño. Recuerdo muchos nombres y recuerdo imágenes muy precisas: Augusto, Skidol, Solezniki, Radoskowize, Molo-dezkno. Lida era una pequeña ciudad casi completamente destruida cerca de la cual descansábamos. Me paseaba solo por aquellas calles en las cuales sólo algunas casas quedaban en pie. Al pasar ante una de ellas sonaba un piano; tuve intención de llamar a la puerta; ¡qué insólito y patético aquel Chopin en medio de la ruina, el caos y el vacío! ¿Una anciana, un viudo, un perseguido, una muchacha tullida?

Cuarenta años después en

Estados Unidos conocí a un profesor de español de apellido judío; era nacido en Molo-dezkno. Le dije que recordaba perfectamente su ciudad de origen y le precisé en qué época y circunstancias pasó por ella. Se halla a un centenar de kilómetros de Minsk, capital de la Rusia Blanca.

Algo que chocó desagradablemente a casi todos los soldados de la división, pues verlo de cerca no era lo mismo que tener vagas referencias de los periódicos, fue el trato que se daba a los judíos. Es posible que ya entonces —septiembre de 1941— hubiese campos de concentración pero en Polonia sobre todo, y en algunos pueblos y ciudades más que en otros, se veían multitud de judíos. Llevaban cosido a la ropa un parche amarillo o blanco con la estrella de David, y éso los mismo los viejos que los jóvenes, las mujeres que los niños. En apariencia hacían vida normal y algunos grupos trabajaban en las carreteras pero también los había forma-

dos por polacos o rusos sin que fueran judíos. Algo anormal percibíamos en ellos; andaban temerosos, huidizos, la tez pálida, énflaquecidos. Donde más judíos había era en Grodno, a orillas del Niemen; aparentaban serlo casi la mitad de la mitad de la población. Como íbamos a pernoctar allí, dieron permiso para salir a los que no estaban de servicio. El capitán nos mandó formar y, con evidente embarazo, recordó que formábamos parte de la Wehrmacht y que estaba prohibido confraternizar con los judíos, y hasta dirigirles la palabra. Todos, y él probablemente también, habíamos visto al cruzar las calles, muchachas de indiscutible belleza. Aquellas cosas, cuya tragedia tardaríamos años en comprender y descubrir en su verdadero alcance, nos parecían tonterías. Nadie atendió observación hecha tan a desgana y en Grodno los españoles se comportaron como en cualquier otra ciudad. Entre mis mejores amigos venía un barcelonés



Superabrigo y superbotas para los centinelas de la División...



La revista "Signal", presentaba en su edición en castellano de octubre de 1943, y en portada a tres miembros de la División Azul.

alto, rubio, mujeriego y emprendedor. No tardó en conocer a una chica que exhibía la estrella de David; con la urgencia propia de la guerra las relaciones se precipitaron y ella le llevó a su casa. De origen balear, mi amigo tenía un segundo apellido inconfundible. Sólo por la mañana a punto de tocar diana, se presentó en el campamento. Por las venas de muchos divisionarios circulaba también sangre judía. Nadie admitía que viejas, niños, personas no combatientes pudieran ser enemigos en razón sólo de su nacimiento.

La única ciudad grande que visité fue Minsk; estaba muy destruida y despoblada. Me mandaron en un camión a suministrar en unos almacenes de intendencia. Me recordaba

las ciudades devastadas durante la guerra europea que había visto en el cine. Minsk se me apareció como la trágica antesala de la guerra. Todavía anduvimos, muchos kilómetros pero en Orcha abandonamos el camino de Smolensko que conducía a Moscú y tomamos dirección Norte. En Witebsk, donde embarcamos en el ferrocarril, nos bombardeó la aviación soviética.

Pasé el largo invierno en una posición situada entre una aldea llamada Motorowo y el cauce helado del Wolchov. Otra aldea también a nuestra retaguardia era Witka, ambas sobre la carretera que de Novgorod llevaba a Leningrado. Una vez aproximadamente cada diez días visitaba Witka; nos turnábamos los artilleros

de la chabola para tomar un baño ruso en aquellas deliciosas saunas. Al mismo tiempo las altas temperaturas que se producían junto al techo mataban los piojos de la ropa. La interior me la lavaba una mujer que vivía con su hija, la joven Anna; su casa era pobre pero confortable gracias al gran horno que mantenía la temperatura agradable, quizá excesiva. Cuando salían a la interperie las mujeres calzaban altas botas de fieltro, vestían abrigos acolchados y sobre el pañuelo que llevaban anulado a la cabeza se enrollaban toquillas de lana. Dentro de las casas se quedaban ligeras de ropa; nos parecían atractivas. Solían mostrarse simpáticas y amables con nosotros. Les llevábamos mermelada, miel, queso, margarina, lo que cada



Falangistas y flechas reciben a los Divisionarios, procedentes del Frente Ruso.

cual conseguía ahorrar de su menguada ración. Si había hombres en la casa les obsequiábamos con tabaco que liaban en un pedazo de papel de periódico; los cigarrillos más gruesos que he visto liar en mi vida. Lejos, hacia Possad y el monasterio de Otensky, en las noches sin viento se oían las explosiones de la artillería y hasta el enloquecido ladrar de las ametralladoras. Los rusos apenas comentaban, como si aquello no fuera con ellos.

Hice amistades en aquellos pueblos, recuerdo de Motorowo a la familia Kárpava, un viejo bien plantado y su hija que tenía un niño, recuerdo a Nyura y a Katia. El diccionario me resultaba útil y aprendí bastante ruso empezando por su alfabeto. En general ellos aprendían canciones españolas y refranes, y nosotros las suyas. Palabras rusas mezcladas a algunas polacas aprendidas por el camino, palabras castellanas y algún término alemán, compusieron una especie de lengua franca en la cual resultaba fácil entenderse sobre cualquier tema. Los hombres solían ser más discretos y reservados, sólo algunos viejos de carácter comunicativo nos explicaban



Alumnos de la Academia de Infantería, procedentes de las filas divisionarias.



Primer retorno de falangistas divisionarios, en 1942, "victoriosos" en Rusia.

que habían servido en el ejército del zar, nos mostraban fotografías y agradecían un trago de vodka; las mujeres hablaban de sus hijos y de sus maridos que estaban luchando contra nosotros —o, mejor dicho, nosotros contra ellos— con naturalidad. Se daban indentificaciones sentimentales difíciles de explicar pero no de comprender.

Entre otros tipos singulares que vinieron con nosotros estaba un catalán llamado Rizos, disponía de un trineo y un buen caballo; era indisciplinado y eficaz. Su misión consistía en llevar munición y la marmita con el rancho caliente desde el segundo escalón a la línea de piezas y al observatorio. Se colocaba el fusil en bandolera y se metía una bomba de mano en cada bolsillo; lo mismo si nevaba que si la temperatura descendía a treinta o cuarenta grados bajo cero, lo mismo si cañoneaban los rusos o se infiltraban partisanos, lo mismo si la nieve o la ventisca borraba los caminos, Rizos, canturreando, llegaba a su hora

con el rancho caliente o las municiones necesarias. Cuando el invierno presentó sus caracteres más agudos nuestro uniforme y nuestro calzado resultaron insuficientes. La *máma*, que así llamábamos a las rusas viejas, en cuya casa se alojaba Rizos, le llevó con cierto misterio ante un arca. Sacó de ella un magnífico gorro de piel con orejeras, un confortable abrigo y un par de botas de fieltro; eran las ropas de paisano de su hijo que luchaba en las trincheras opuestas. Desde entonces Rizos vistió de ruso y andaba mejor protegido del frío que los otros. Los alemanes no veían con buenos ojos tan extrañas relaciones pero los oficiales españoles hacían la vista gorda; todos procuraban hacerse con alguna prenda rusa, el caso era abrigarse.

En una casa de Witka de mayor tamaño que las demás los artilleros del segundo escalón establecieron un cuartel con cocinas, polvorin, cuadras y demás pero muchos dormían en casas que ellos mismos se habían buscado. En el improvi-

sado cuartel instalaron literas y una enorme estufa de hierro. Además de los soldados se alojaban varios rusos, prisioneros de guerra o paisanos que se dedicaban a partir leña, efectuar pequeñas reparaciones o trabajos, descargar los camiones de provisiones o munición. Los caminantes que circulaban por la carretera helada, en ocasiones viejos o mujeres con niños, eran siempre bien acogidos junto a la estufa y, si se terciaba, se quedaban a dormir; incluso se les auxiliaba con un cucharón de rancho o un trozo de pan si no eran muchos. Como aquel frente era muy abierto y estaba infestado de partisanos siempre sospeché que más de uno se acogería a la hospitalidad española; también acudirían los espías aunque poco podían averiguar allí. Nunca atacaron personalmente a los españoles ni se produjeron en el sector acciones guerrilleras. Cuando me trasladaba al pueblo, salvo si se trataba de cumplir algún servicio, iba desarmado, sólo con el machete en el cinto. Nadie rechazaba la hospitalidad de una casa rusa ni dormir en ella si la ocasión lo requería. Estábamos convencidos, y en aquella zona no se produjo un fallo, de que en caso de una sorpresa nocturna, aquellos rusos nos hubieran proporcionado a tiempo para escapar; o nos hubieran ocultado.

En lo más crudo del invierno considerables efectivos de Ejército Rojo atacaron la cabeza de puente: se perdieron Possad, Otensky, Russa, Sitno. Allí pelearon los españoles con sin igual bravura pero murieron muchos. Yo vi llegar algunos supervivientes a las nuevas líneas que, de manera débil y discontinua, nos esforzábamos en recomponer; venían con los pies helados envueltos en trozos de manta, sirviéndose del fusil a guisa de bastón; otros cargaron con una ametralladora que les había llegado el hombro, muchos heridos; todos ellos con la barba crecida y los ojos hinchados y febriles. Los había que

arrastraban un pequeño trineo con un compañero herido o enfermo, con cajas de munición o con los fusiles de los muertos. La edad de aquellos hombres iba desde los dieciocho a los treinta años; parecían viejos. Les vimos llegar entre la niebla, indiferentes ya al peligro y al cansancio; se tumbaban en cualquier cuadra junto a la primera hoguera que vieran encendida. Al día siguiente iban evacuando hacia Kutrik por el camino del bosque.

Cuando tanteando las frágiles líneas que habíamos establecido, una patrulla de esquiadores soviéticos se presentó en la Casa del Señor, hubo que rechazarlos a bombazos; algunos de los evacuados ni podían moverse, otros con agilidad y energías inesperadas y haciendo gala de mayor veteranía que nosotros los artilleros, emplazaron la ametralladora en el lugar más adecuado. Una de las noches ardió Sitno. La nieve helada relucía de rojos resplandores; era un espectáculo sobrecogedor, bárbaro y bello. Con los últimos españoles llegó un gran trineo arrastrado por dos jacos peludos; venía cargado con sacos de patatas, fardos, colchones, y seguido por un perro que se enterraba en la nieve. Era el *starasta* de Sitno; le hubieran fusilado de atraparle. Envuelta en abrigo, toquillas y trapos venía la que supusimos era su hija. En aquel ambiente desgarrado, cruel y masculino, todavía le quedaron ánimos para sonreírnos desde su carita helada.

Cuando a principios de agosto de 1942 me llegó el relevo, abandonamos Witka y Motorowo. La *máma* Dunia me regaló un icono para que se lo llevara a mi madre. Desde el deshielo nos alojábamos en su casa los sirvientes de la pieza; tenía un hijo de nuestra edad enfemo del corazón y nos habíamos portado bien con él; se llamaba Xurca. La despedida de Rizos fue la más patética que recuerdo; la vieja vino abrazada a él hasta el camión. De nuevo

vestía Rizos el uniforme reglamentario; la indumentaria rusa había sido restituida al arca. Se abrazaban y besaban y ambos lloraban. Rizos le decía en ruso que cuando terminara la guerra él volvería a visitarla. La vieja entre sollozos contestaba que no sería posible. El camión esperaba con el motor en marcha y todos les mirábamos enternecidos porque sabíamos que Rizos mentía y que ella sabía que mentía. De un salto Rizos subió al camión, se limpió lágrimas y mocos de un solo golpe de manga, y permaneció unos minutos silencioso con los ojos enrojecidos. La rusa quedó a lo lejos levantando el brazo. Después nos pusimos a cantar, Rizos, que era un hombre bronco, también cantaba.

Permanecí en Rusia aproximadamente un año. Al finalizar el invierno el ejército soviético había roto las líneas en el enlace de nuestra división con los alemanes; lanzaron muchos miles de hombres con intención de coparnos. Oíamos los estampidos de la lucha y por la noche observábamos no sin inquietud el resplandor de las explosiones; habían rebasado nuestras líneas en muchos kilómetros, y avanzaban. Allí se luchó de firme y la bolsa acabó por estrangularse; no nos coparon. Más adelante, la división, en la cual quedaron los más jóvenes de la primera expedición que iba reforzándose con los batallones de marcha que llegaban de España, en cuyas filas no eran pocos los veteranos licenciados que regresaban, fue trasladada más al norte. En aquel nuevo frente quedaron también muchos muertos. Yo no lo viví; en Barcelona me había reincorporado a mi antiguo empleo mal reenumerado en la misma compañía de seguros en la cual trabajaba desde antes de la guerra. A veces rememoraba aquellos amaneceres cuando me tocaba el último puesto de la guardia nocturna: sobre la blancura absoluta de la estepa veía salir humo de las chimeneas sobre los nevados tejados



Luis Romero, en mayo de 1942.

de Motorowo y la torre de la iglesia que utilizábamos como punto de referencia para el tiro, o recordaba "Katiusha" la canción que tanto se popularizó entre nosotros, que oí cantar por primera vez a un prisionero que se acompañaba con la balalaica, ante un fuego llameante, en Kutrik, en una casa llena de heridos, furrieles y otras gentes de paso, en la cual entré para calentarme. Recordaba a Viera, a Raya, a la hija del diácono de Staraya Rákoma cuyo nombre he olvidado. Y sobre todo sufría por mi hermano que había seguido mi camino y hubiese podido estar bajo tierra mientras en Barcelona seguíamos recibiendo sus cartas.

Desde posiciones políticas muy distantes a las de entonces, reconociendo errores y horrores, mentiría si escribo la palabra arrepentimiento. Para que pudiera sentirlo en medida condicionada y con matizaciones, millones de hombres de los que vivían, luchaban y sufrían entonces, tendrían que arrepentirse también conmigo. ■ L. R.